

“Fue realmente un alma de excepción, lo que decimos en lenguaje cristiano, un alma de Dios; y como tal vivió intensamente su vida de fe. En todas partes se prodigó a sí mismo; fue el signo de su vida la donación de sí a los demás. Parecía olvidado de sí mismo para darse de lleno a los que lo rodeaban. Vivió para los suyos, para su hogar, para sus empresas, pero no en el sentido material sino para brindarse incluso a sus propios obreros, que lo querían no ya como a un patrón sino como a un amigo. Enrique Shaw puso todo su amor en las obras que emprendió, nunca supo decir que no para el bien, siempre encontró tiempo en su vida tan llena de trabajos, para prodigarse y darse a los otros sin medida. ...Pocas veces un hombre será recordado con tanto afecto, un hombre de tanta limpieza en su conducta, un hombre que fue un testigo de Cristo y un testimonio de vida cristiana.”